

Señor Director y señores Miembros de la Academia Costarricense de la Lengua:

He sido electo para ocupar la Silla académica vacante por el fallecimiento del Licenciado D. Hernán Peralta Quirós, y vengo a cumplir un requisito de incorporación, de esta ilustre Academia.

Sólo puedo ofrecer estas ideas sencillas y dispersas, sobre aspectos de la problemática del Hombre, que considero de interés y actualidad.

Os doy las gracias por el nombramiento que tanto me honra.

## LA CREATIVIDAD Y EL SENTIDO DE COOPERACION

### 1. CREATIVIDAD

El quehacer humano es fruto de la aspiración y necesidades del hombre: ansía de alcanzar objetivos, fuerza que mueve a realizarlos.

Antes de materializarse, una obra es sólo aspiración inédita, que el poder expresivo logra exteriorizar. El potencial espera órdenes de la conciencia, o un estímulo, para manifestarse. La calidad intrínseca de la obra surgirá como expresión individual de aptitud y voluntad.

Existe una llama creadora en el espíritu del hombre; alumbraba y da calor a su corazón y su cerebro. Esa llama es impulso inteligente, dinámico y volitivo, aunque la voluntad intervenga en menor grado, como a veces ocurre en la creación poética.

La creatividad es, por lo tanto, quehacer consciente, propio del hombre (ciertos mamíferos, aves e insectos realizan tareas y actos recreacionales reveladores de un propósito instintivo superior).

Es indudable que los primeros hombres, para supervivir, emplearon su mente y su fuerza en procurarse armas de caza, alimento, vestido y algunos utensilios domésticos. Descubrieron, sin proponérselo, posibilidades de la imaginación y la yacente destreza

de sus manos. Más tarde, tales recursos fueron desarrollados según las necesidades vitales. Surgió entonces el propósito de alcanzar objetivos cada vez más altos, y mayor perfección.

La necesidad conjuntamente con la aspiración, fueron los móviles de la actividad humana llamada "trabajo".

El agricultor que planta la simiente, el artesano que construye un mueble o cepilla una tabla, el albañil que levanta un muro, pueden ser trabajadores creativos, en la medida que la inteligencia sensible participe en sus obras.

El trabajo humano es comunión y mensaje que trascienden la vida del hombre y le dan sentido a su existencia. Pueblos y civilizaciones desaparecidas nos hablan de sus luchas, aspiraciones, derrotas o conquistas, en virtud del trabajo legado por su espíritu y sus manos. Ruinas, manuscritos, llegan hasta nosotros como un lejano mensaje; comunicación permanente a través de los siglos. El antiguo anhelo del hombre, perdurar, se logra en esa forma. Es incuestionable que poseemos una naturaleza "asociativa", quizá debido al origen común de los seres. El hombre requiere comunicarse, relacionarse. Un impulso fraternal lo mueve. Mediante el trabajo consigue exteriorizar su pensamiento y su sentir. Obtiene relación y fraternidad: se incorpora socialmente, forma parte consubstancial del conglomerado humano.

El trabajo creador es poderoso vínculo asociativo. Se evidencia en los pueblos y razas de vida elemental y en los más evolucionados; en los de carácter simple y en los de compleja personalidad. La creación posibilita el acercamiento de los hombres, no obstante las diferencias que los separan.

La más alta finalidad de toda labor, es hacer al hombre dueño de su destino; imprimir a su propia vida el mejor derrotero y transformar, según su voluntad, el mundo circundante. El hombre deja de ser un ente contemplativo y aislado, para convertirse en individuo dinámico que posee conciencia y responsabilidad colectiva.

Hay en el ser humano, sentimientos de soledad y de hastío que frecuentemente lo embargan. El trabajo creador es comunicación y proyección. Relaciona a los hombres, les permite proyectar ideas y emociones al crear obras que acompañan su soledad y disipan su tedio.

Toda labor de finalidad elevada podría ser obra de creación. No obstante, aparentemente, la labor de la máquina puede darse con prescindencia del espíritu, sin una alta o noble intención. Puede darse. La máquina es instrumento sensible y admirable si el hombre le presta el alma, el ser anímico que a ella le falta.

Las tareas automáticas, de rutina, no necesariamente requieren espiritualidad. Empero, con ellas, es posible crear, si la mano que las ejecuta es capaz de ennoblecerlas, espiritualizarlas. La máquina, por sí misma, es incapaz de crear. Estará siempre subordinada al hombre, que la ha creado y puede destruirla. El acto de clavar o serruchar, que no requiere fuerza espiritual, la máquina consigue realizarlo con perfección. Pero las naturalezas materiales son "llevadas", no pueden trazarse su propio destino. El hombre orienta su vida y dirige las cosas.

¿Cómo transformar una labor común o pedestre, en trabajo original? ¿Cómo vitalizarla, para que sea nueva o distinta?

Se ha dicho que lo vulgar puede también ser materia poética. En efecto, la excelsitud y la distinción no residen en el material de la obra, sino en la mano del artista. En él están la elevación o la bajeza. Con materiales burdos o poco nobles la naturaleza construye a veces sus creaciones. Y el hombre puede imitarla. En su pensamiento y su corazón hallará la belleza. Visité cierta vez la choza de un pescador. Sobre la única mesa que poseía, vi un vaso semirrotto y en él, una flor. "La traje de lejos —me dijo—; me gustan los jardines". La florecilla, ese detalle mínimo, recordaba a aquel hombre la belleza de un jardín. (Alguien dijo que una flor puede contener el perfume de un bosque).

El portero de mi oficina, viejo filósofo, solía decir: "Barrer no es solamente quitar la basura, limpiar lo sucio; es dejar las cosas como nuevas o recién nacidas".

La tarea humilde, el bajo quehacer, también se enaltecen. No es difícil recrear —crear de nuevo— lo feamente construido.

La actividad humana superior ha dado grandes y hermosas obras perdurables. En su imaginación halló el artífice concepciones originales. De su particular idea y sentimiento nació la originalidad. El carácter exclusivo, el matiz que le pertenece, reside en el individuo. Imprimir a la labor ese sello personal, es el secreto de la creatividad. Con materiales vivos e inertes Dios y el hombre construyen el mundo.

¿Qué sentido tiene afanarse en tareas originales o creadoras?

¿No sería más cómodo repetir las de manera homogénea, sin mayores complicaciones?

Puede ser más fácil. Pero el espíritu selecto, la mente cultivada rechazan la monotonía, la mediocridad; tienden a crear, quizá para combatir lo automático y vulgarizante de una existencia carente de objetivo. Sentimos la necesidad de demostrar

que somos poseedores de una conciencia individual viva y alerta. La aceptación conformista que induce a realizar, de idéntica manera, el trabajo diario, es contraria a la vida, porque ésta es acción y renovación.

El entusiasmo es fuente creadora, como también el interés y nuestra forma peculiar de mirar las cosas. Ellos pueden revelarnos ángulos y aspectos diferentes o inéditos. La fuerza creativa que duerme en cada ser aparecerá de pronto, si sabemos despertarla.

La actividad creadora no es un simple enunciado teórico, sino convicción y profundo deseo de mejorar las condiciones del trabajo, modificándolas, embelleciéndolas. Cada hombre en su propia individualidad hallará el camino. El descubrimiento de la aptitud verdadera, es decir, de nuestras posibilidades, conducirá a la adecuación del quehacer para el cual estamos naturalmente capacitados. Nuestra naturaleza es adaptable: cambia continuamente, se modifica. Tal condición favorece las transformaciones orgánicas y hace posible la variación de nuestra vida y el trabajo. Pero es necesario, para lograrlo, además del propio conocimiento, poseer voluntad de superación. La honestidad con que nos entreguemos a una tarea, es importante. Es preciso también, hacer un alto en la labor cotidiana y preguntarnos: ¿Es este el mejor procedimiento? ¿Habrá otro que conduzca al mismo fin, por diferente camino? Conviene detener el paso e interrogarnos. Siempre será tiempo de rectificar. Lo imprevisto, lo desconocido, surgirán de pronto, como respuesta a nuestra interrogación. Formas, sistemas diferentes, de mayor utilidad o perfección, aparecerán a nuestros ojos como premio a la búsqueda. La monotonía, el consuetudinario laborar sin variantes, limitan la capacidad ideativa del hombre y lo aproximan a la máquina.

La voluntad disipada y el desinterés nos encasillan en nuestras propias y gastadas fórmulas, nos vedan ángulos y perspectivas interesantes. Y es imperativo renovarse, cambiar a veces de actitud.

El éxito depende de nuestra íntima respuesta positiva. Se trata de un verdadero proceso de readaptación o de reintegración del individuo a su actividad, a una forma de trabajo que le ofrezca superiores posibilidades.

Una conformación distinta del diario quehacer, cambiará la visión del mundo que nos rodea y hará diferente el enfoque de ese mundo sobre nosotros mismos.

La disciplina vitaliza el trabajo, lo hace dinámico, con las mutaciones o adaptaciones de procedimiento requeridas para superarlo, y en beneficio de quien lo ejecuta; la metodización, el proceder ordenado, facilitan la labor creadora. La ejecución fría y mecánica se vuelve sensible, se humaniza.

El entusiasmo contribuye eficazmente a estimular la creación; es el estado anímico propio de ciertos individuos que poseen un concepto exaltado de la vida, sentimiento fervoroso de trabajar y vivir.

La labor ejecutada en esta forma, enriquece y aligera el espíritu. El poder imaginativo magnifica al hombre.

La creatividad evidencia el poder de idear e imaginar; es fuerza que se traduce en belleza y en bien.

El trabajo creador es el único milagro que las manos del hombre pueden realizar.

## 2. COOPERACION

Como actitud humana, la cooperación es una forma noble y constructiva de conducta: mueve al hombre a vivir en armonía con sus semejantes, y es respuesta positiva de la personalidad a su ambiente.

El sentido cooperativo existe en múltiples manifestaciones de la vida orgánica y social. En las especies elementales y en las desarrolladas e inteligentes, el plan evolutivo establece la cooperación como ley natural, para el perfeccionamiento de las criaturas.

Numerosos órdenes zoológicos y vegetales aparéanse y agrupan para procrear, o buscando determinadas metas. El árbol que presta apoyo a la débil planta trepadora y le brinda savia nutricia; el viento conductor de polen; el ave que transporta un grano y lo lleva hasta la tierra; el insecto que fabrica o destruye moradas y el que elabora mieles; el macho, en fin, que por incapacidad de fecundarse a sí mismo, busca la participación de la hembra: todos cumplen el mandato universal de cooperar.

Algas, infusorios, plantas superiores, el hombre, en toda la escala biológica, los seres vivos se esfuerzan —por instinto, afectividad o razonamiento— a fin de relacionarse, multiplicarse o supervivir.

La naturaleza duplicó ciertos órganos, previendo quizá una posible falla. Pero hay otro motivo: La ayuda y asistencia mutua de las vísceras. Sin esa interacción, la estructura anatómica y el poder fisiológico serían menos fuertes, más vulnerables a la enfermedad y la muerte.

Así, reciprocando sus medios, colaborando, asistiéndose, la naturaleza crea la vida y el hombre secunda su obra.

La criatura humana, pese a su organización superior, es limitada y dependiente. Marcha sola y a ciegas. Requiere cooperación de los seres y las cosas: fraternidad, intimidad, calor entrañable; compañía de alguien que participe del cansancio y el afán del camino. Y de la felicidad de haber llegado. Demanda el concurso de otras fuerzas para vigorizar sus propias energías.

En su largo proceso de asentamiento terrestre, el hombre conoció el fracaso y la amargura de la lucha aislada. Volvió entonces los ojos a sus semejantes, en demanda de apoyo y para ofrecer sus propios medios.

El gesto fue principio de colaboración y solidaridad humana; triunfo de un sentido social innato sobre el aislamiento individual cavernario. (El hombre de hoy es producto de la cooperación de la naturaleza y del instinto asociativo organizado).

Somos animales sociables. Vivimos en sociedad. Contribuyen a nuestro nacimiento factores biológicos sabiamente reunidos, y la sociedad imita el proceso creacional uniendo inteligentemente a los hombres.

En la asociación de las células hallamos un lejano esquema cooperativo: individuos heterogéneos estableciendo futuras comunidades orgánicas, determinando características vitales y formas de comportamiento.

La sociedad es el individuo multiplicado por sí mismo. De la suma de poderes individuales resulta un potencial mayor. Aunar esos poderes y recursos es su objetivo primordial: la fuerza reside en el conjunto, lo unitario se valora en función de totalidad.

En el plano intelectual, la cooperación consigue modificar o adaptar provechosamente al individuo; ejerce influencia en su personalidad psicológica; amolda su actuación a las necesidades colectivas y modela su criterio. Varía los enfoques: la actitud egolátrica vuélvese altruista y el hombre se humaniza. Comprende y le duele el hombre.

Y esto es natural. Al discernir los auténticos valores morales, sumariados en la comunidad, el individuo amplía su visión, y comprende sus responsabilidades. Su alianza con el hombre se establece de manera perdurable, y encaja en el conglomerado social como la pieza justa de un todo armónico.

Esa actitud comunitaria amplifica el mundo unipersonal, y crea el deseo de servir y mejorar el ajeno.

En las sociedades urbanas, la conciencia cooperativa representa un factor importante, en el fomento de su cultura y desarrollo económico.

El individuo aislado puede ser un antisocial en potencia. Conviene a los intereses de la comunidad atraerle a su seno. El hombre no es congénitamente bueno o malo: posee capacidad para el bien y el mal. El medio, factores hereditarios, la educación o carencia de ella, es sabido que determinan su proceder, su conducta. Es obligación de la sociedad atraer al rebelde o descarriado, conducirlo, enseñarle que, por obra de la unión, del conjunto, las virtudes humanas aumentan y pueden desaparecer o disminuir los vicios; tal es la fuerza del ejemplo colectivo. En última instancia, la sociedad reprime, cuando se trata de actitudes nocivas; sanciona, expulsa o cercena lo dañino.

Consciente ya de sus responsabilidades, el individuo asume una actitud cooperadora. Tenderá a colaborar en objetivos nobles, empresas materiales y altos fines del espíritu. Será un miembro convencido y disciplinado de la comunidad humana: ha comprendido la importancia de ordenar cooperativamente la vida.

El científico, el artista, el obrero, que cumplen su tarea y realizan técnica y eficientemente una obra, lo hacen hoy por virtud de la iniciativa y el esfuerzo de muchos hombres dedicados a idear recursos eficaces para el trabajo. El progreso tecnológico, el industrial, el de las ciencias y las artes, han logrado su actual desarrollo mediante la cooperación. Es posible que sin ella, la civilización contemporánea sería aún incipiente.

Para comprender mejor la importancia de la cooperación, imaginemos un mundo donde ella no existiera, dotado únicamente de fuerzas individuales aisladas. Como en los primeros tiempos de la humanidad, el hombre no podría bastarse a sí mismo; le sería imposible sobrevivir sin los medios terrestres y del mar. Tal vez su organismo generaría elementos necesarios para la vida; mas si ello fuera posible, su relación con las cosas resultaría mínima, al extremo de que sobrara el mundo circundante. La Creación, entonces, carecería de finalidad unitaria, de su coherencia manifiesta. Y no podemos pensar que su único objetivo sea el hombre. Toda la naturaleza tiende a un fin, aunque ignoramos qué fin sea ese. ¿Acaso llenar el aire, la tierra y el agua de paraísos para el regocijo del hombre? Debe haber una finalidad más alta. Quizá el crecimiento evolutivo y la convivencia superior de los seres, mediante una acción cooperativa.

Desvinculado de efectos, materialmente apartado de lo que le rodea, el ser humano estrecharía el círculo de su existencia, y el mundo, sin relación entre sí, es posible que tampoco sobreviviera. En la vida natural no existe plan disparatado. Todo es lógico, congruente.

Sin la cooperación resultaría imposible la existencia. Y la muerte también. Para producir la vida requiérense elementos creativos, ingredientes cósmicos y terrestres. Para morir son necesarios poderes desintegrantes, coaligados para derrotar la vida.

En el conglomerado social hállase el individuo cooperador, que lo es por necesidad o conveniencia. Mas como la cooperación no puede ser actitud calculada, mezquina o circunstancial, su posición resulta falsa. La cooperación debe ser definida y estable: es convencimiento, razón y justificado proceder. El cooperador a medias, modifica fácilmente su posición egoísta, cuando comprueba que cooperar es contribuir al provecho de los demás y de sí mismo.

El mundo sería mejor, pensaba Lincoln, si hubiera un más amplio sentido de cooperación.

Hay indiferencia y apatía ante el dolor, la enfermedad y la miseria. Es cierto. Pero también hay hombres llenos de fe en la humanidad, que preconizan el evangelio de la cooperación; dando así el camino para llegar hasta ese dolor, a esa miseria, a esa enfermedad, que debemos compartir porque son nuestros también y tenemos el deber de aliviarlos.

La inquietud cooperadora se transmite; induce, promueve: es ejemplarizante y creativa. Logra que un solo individuo pueda incrementar la cultura o el desarrollo material de un pueblo.

En la contribución que brindamos a nuestros semejantes, se proyecta ampliamente nuestra personalidad; somos más auténticos en el acto de cooperar. El hombre demuestra que puede lo que desea y da lo que puede.

Establecida la relación hombre-ambiente, créanse urgencias espirituales: anhelo de comunicación y acercamiento a los seres sensibles; avidez de conocerlos. La inquietud se convierte en necesidad de proyectarse, de dar. Es una respuesta al medio y un imperativo del espíritu.

No es concebible, en nuestra época, sustraerse al sentimiento cooperador. Es fuerza envolvente de conocimientos, iniciativas, aportes intelectuales o económicos; fórmulas válidas para un fin provechoso y útil.

La sociedad ha escalado niveles y estructuras superiores, por medio del perfeccionamiento de sus miembros. En forma cooperativa, resuelve la compleja problemática del hombre continuamente superándose.



Al correr del tiempo, el ser humano ha olvidado su origen, el recuerdo de su génesis. Pero la ciencia lo va acercando a su verdad originaria. Hoy sabe más que sus antepasados y no ignora, que por colaboración de elementos múltiples y el poder evolutivo, conquistó su actual estructura orgánica y su condición inteligente. El hombre es hoy más accesible y receptivo: busca el contacto humano, apoya y practica la colaboración. Ha llegado al convencimiento de que su vida, fugaz, por virtud de la cooperación puede perpetuarse y multiplicarse. Vivir en los otros es una forma de perdurar.

El mundo de hoy es un agrupamiento de pueblos convulsionados, con ideologías antagónicas. El lazo de unión, de solidez verdadera, será la cooperación humana. Dogmas y conceptos pueden existir en convivencia pacífica. La cooperación universal ligará lo que ahora está disperso, logrando un perdurable entendimiento. Credos y principios serán respetados. Y lo que es más importante: el hombre recobrará la fe en los demás y en sí mismo. Cuando la pierde, se derrumba.

¡Grande es la cooperación que podemos dar y el bien que por ello habremos de recibir!

**El hombre es un mendigo millonario.**